



INVITADO

LOS DIOSES SON SERES VIVIENTES

DOCENTE INVITADO
GONZALO ARTEAGA DÍAZ

PROFESOR ASOCIADO DE LA ESCUELA DE
ARQUITECTURA
Y URBANISMO DE LA FACULTAD DE ARTES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, BOGOTÁ,

“ES QUE LOS DIOSES SON SERES VIVIENTES Y ES ABSOLUTAMENTE NECESARIO, PARA VOLVERLES SENSIBLES A LOS HOMBRES, TRADUCIRLOS AL LENGUAJE DE LOS SENTIDOS, REVESTIRLOS DE TODA LA EXUBERANCIA DE LA VIDA”

Se sabe que en épocas primitivas (1150-1000 a. C.), tribus de dorios y de griegos nor-occidentales que ocuparon grandes áreas de la Grecia continental y de Creta², practicaban una forma de religión que los antropólogos definen como “animista” o “fetichista”, pues los objetos de veneración no eran propiamente dioses, bajo las formas “más desarrolladas” de religiosidad que hoy conocemos, sino entidades naturales tales como piedras, lagunas, bosques o árboles y, en general, manifestaciones de la naturaleza, objetos o fenómenos naturales. Eran, en realidad, experiencias de la naturaleza objetivadas en deidades. En algunos parajes de la virgen geografía griega, quizá, las manifestaciones de la naturaleza eran singulares, y los primitivos griegos las identificaban como “presencias”. Con el tiempo, a esas manifestaciones particulares de los poderes de la naturaleza terminaron por reconocerlas como presencias de la divinidad y a los lugares donde aquellas se manifestaban, terminaron por considerarlas como lugares sagrados o santuarios (lugares habitados por dioses).

Posteriormente, durante el período arcaico, cada uno de aquellos santuarios terminó por ser delimitado con una muralla (temenos) que diferenciaba el territorio sagrado del que no lo era.

Según R. D. Martiensen, en una época previa a la construcción de los primeros templos, se había producido una transformación radical en las formas de religiosidad de aquellos pueblos. Esa transformación (consistente en el paso del fetichismo al politeísmo) implicó la sustitución de aquellos objetos ctónicos de veneración por imágenes antropomórficas que debían representar los mismos poderes de la naturaleza que anteriormente encarnaban los signos ctónicos (piedras, las lagunas, los bosques; etc.). Ello explicaría por qué muchos dioses de la mitología griega se identificaron con manifestaciones de la naturaleza y, por qué todas las manifestaciones reconocidas de la naturaleza estaban representadas por un dios o una diosa, no sólo con figura humana, de manera que fuera iden-

tificable con una persona (hombre o mujer), sino que además, poseyera virtudes y debilidades ostensiblemente humanas. Los dioses, así contruidos a imagen y semejanza de sus creadores, sentían, como ellos, pasiones y necesidades y, como los humanos, experimentaban deseos. Por esta vía, los primitivos griegos estimaron necesaria la construcción de rústicos refugios para que aquellos flamantes dioses estuviesen protegidos de los elementos: aquellas residencias de los dioses fueron los templos. Cuando Martiensen realizó sus primeros viajes a Grecia (alrededor de 1940) observó con gran curiosidad que en aquellos templos, a diferencia de lo que ocurría con los templos egipcios o mesopotámicos, los altares no se encontraban en su interior sino que se mantenían a la intemperie, aunque siempre al frente de los accesos de los templos, usualmente, comunicados por un camino o una rampa. Fue esta observación, sumada a una investigación sobre las transformaciones en las formas de religiosidad de los griegos, la que lo condujo a desenredar el misterio de los templos y a descubrir que, a pesar de todas estas transformaciones, se había conservado un elemento de sus formas primitivas de culto, aquellas ceremonias, cuyo centro físico era el altar, continuaron verificándose en estrecho contacto con la naturaleza, tal como había ocurrido desde las épocas de los cultos ctónicos:



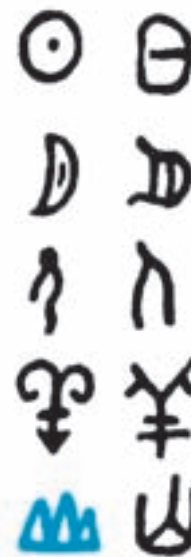
“Las primeras ceremonias ctónicas, entonces, habíanse verificado al aire libre, probablemente dentro de alguna forma de cerramiento sugerido por la conformación natural de sus alrededores o por un claro en la arboleda, y tales ritos tal como se practicaban, en sacrificio u otra demostración tenían lugar frente al símbolo, externo a este, y sólo dentro de un cerramiento implícito (no construido). La sustitución por un signo antropomórfico de un objeto puramente natural o no representativo debe considerarse, en principio, como el punto de partida de la provisión de una protección construida o “casa” para el símbolo de la deidad. Esta transformación de un símbolo ctónico a una forma olímpica de religión, termina así por estar íntimamente asociada con la creación deliberada de un marco arquitectónico formal para el conjunto de los procedimientos de las actividades en las ceremonias religiosas”³



Los griegos, por decirlo así, habían establecido una especie de previa diferenciación funcional: uno era el lugar destinado para la residencia del dios y otro el destinado a la celebración del culto. Por lo demás, los historiadores de la arquitectura coinciden en reconocer que el interés de los templos griegos reside casi exclusivamente en su exterior, aspecto en el que los arquitectos griegos se esmeraron grandemente, mientras que el espacio interior carecía virtualmente de interés desde el punto de vista de las prácticas de culto. Así, el espacio interior del templo, el recinto, no cumplía ningún papel en el oficio de las ceremonias. Probablemente algunos recintos específicos del templo, tales como el opistódomos, se empleaba como depósito para los implementos de culto, del mantenimiento del templo o como espacio para almacenar las ofrendas. A pesar de las variaciones, la evolución de los templos, a lo largo de los períodos arcaico y clásico, confirma este principio.

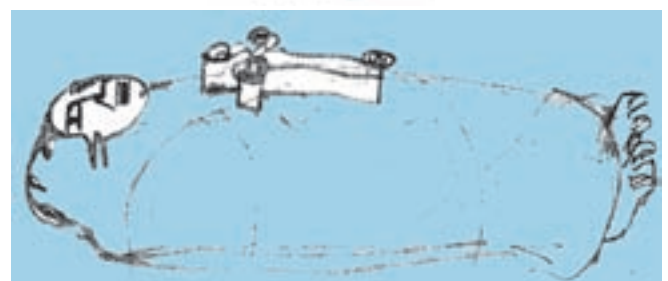
En relación con este proceder de los griegos, intrigan muchas cuestiones; entre otras, ¿qué motivó el cambio en sus formas de religiosidad? ¿Por qué sustituyeron los objetos naturales de culto por imágenes? ¿Por qué esas imágenes eran antropomórficas? ¿Por qué no incorporaron los altares dentro del recinto del templo? ¿Por qué construyeron temenos que delimitaran los santuarios?

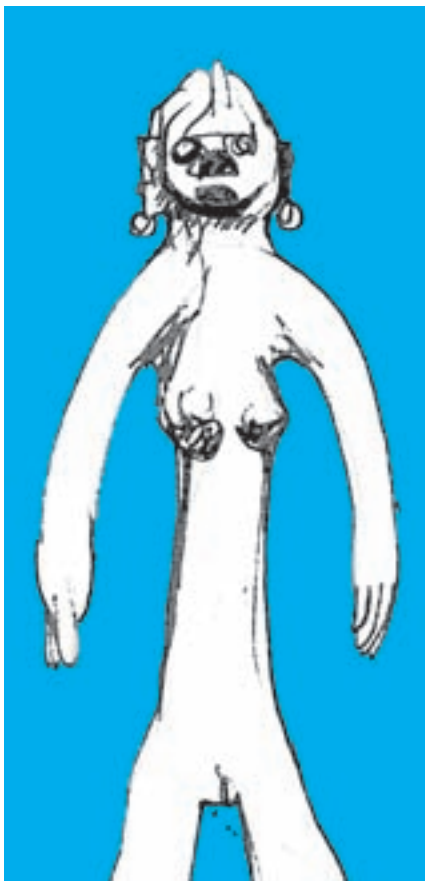
Al margen de consideraciones teológicas, la descripción de Martienssen se ocupa más bien de un problema antropológico que revela una cierta relación de los griegos primitivos con la naturaleza exterior que permitiría comparar esa esfera de la vida de los griegos con la de algunas otras comunidades primitivas en un estadio similar de evolución cultural, por ejemplo, los Nukak Makuk del Amazonas. Es posible concluir sin exigimos demasiado rigor, que la relación de esas comunidades con la naturaleza está marcada por dos aspectos relevantes: por una parte, una profunda intimidad con el entorno natural y por otra parte, una percepción y un conocimiento del mismo, particularmente agudos, fundado en la capacidad de discriminación de sus experiencias con la naturaleza. Claude Levi Strauss afirma en "El pensamiento salvaje" que el conocimiento de la naturaleza de los primitivos se basa esencialmente en la percepción sensorial del mundo que los rodea; finalmente, que ese conocimiento es capaz, por ejemplo, de discriminar varios miles de especies vegetales y de establecer relaciones de estas con las especies animales a partir de diferenciar forma, color, olor, sabor, textura, etc. y que ese saber es comparable al codificado por la ciencia moderna⁴. De forma análoga podríamos suponer que los primitivos griegos en aquellas épocas prehistóricas, poseían un dispositivo sensorial ampliamente capacitado para discriminar una igualmente amplia variedad de experiencias. Desde este punto de vista podríamos considerar la emergencia de una categoría como la de "santuario", a partir de suponer tanto en los Nukak Makuk como en los griegos primitivos, un dispositivo capaz de discriminar sensaciones que para los ciudadanos del mundo moderno no pasan de ser genéricas, que carecen totalmente de entidad en el



mundo civilizado, o que se han vuelto completamente innecesarias para nuestra supervivencia. No obstante, caemos en cuenta de aquellas potencialidades perdidas, olvidadas o atrofiadas, cada vez que presenciamos o tenemos noticias de eventos tan raros como el de la detección de fuentes de agua en el subsuelo con la ayuda de una rama en forma de horqueta. En fin, los santuarios de aquellos griegos, vistos de esta forma, parecen no ser otra cosa que lugares donde se experimentaban con particular intensidad las señales de la naturaleza.

A la luz de la consideración precedente podríamos, si no explicarnos, por lo menos, considerar razonable, tanto la sustitución de los objetos naturales originarios de culto por figuras antropomórficas, como la construcción de templos y la erección de murallas delimitando los santuarios (temenos). Si, como afirma Martienssen, en la base de la sustitución de los objetos naturales de culto por representaciones antropomórficas hubo un cambio del fetichismo al politeísmo⁵, y esta transformación coincidió con cambios visibles tales como la aparición de los templos y los temenos, es posible establecer una correspondencia general de los *objetos naturales ctónicos con facultades de percepción ampliamente especializadas*, al igual que de los *signos construidos* (las imágenes antropomórficas de los dioses, los temenos y los templos), con... *facultades más limitadas de percepción* del entorno natural, probablemente incapaces de percibir discriminadamente todas las señales de la naturaleza. De igual modo, es posible establecer una relación inversa entre los principios de experiencia y signo, tal que a una progresiva pérdida de la capacidad de discriminar sensorialmente las señales de la naturaleza correspondiese, igualmente, un progresivo desarrollo de la capacidad para construir e interpretar signos, es decir, una progresiva relación inversa entre signo y experiencia.

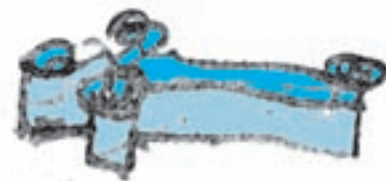




La suposición de la pérdida de facultades perceptivas se explicaría por la creciente influencia de la civilización en la cultura griega⁶, que habría hecho innecesarias esas facultades y, correlativamente, las habría atrofiado o, definitivamente, hecho desaparecer. En términos positivos, podría afirmarse que el progreso de la cultura material coincidió con el progreso de la capacidad lingüística que, así, se habría convertido en condición necesaria para la supervivencia de los griegos.

Martienssen encuentra, consistentemente, en este proceso, la base sobre la que se asienta la arquitectura en tanto "...creación deliberada de un marco arquitectónico formal...". En otras palabras, que el cambio del fetichismo al politeísmo "...se reflejó positivamente en la disposición consciente de los lugares de culto". O bien, que la arquitectura comienza, justo allí donde se produce la sustitución de los objetos naturales de culto por signos representativos; en el lugar donde se sustituye la experiencia por el signo: el santuario.

RECIBIDO: FEBRERO 20 DE 2003
 REVISION: ENERO 16 DE 2004
 ACEPTADO: ENERO 30 DE 2004



Referencias bibliográficas

1 BONNARD, Andre. Poesía de los dioses. En: Revista Eco, (Julio de 1968). No 261. Bogotá: Buchhols, 1968. p. 287.

2 MÜLLER, Werner; VOGEL, Günter, Atlas de arquitectura I. Madrid: Alianza Editorial, 1984-1999. p.151.

"Los aqueos eolios son expulsados o sometidos. Los jonios pueden mantenerse en Eubea y en el Ática o repartirse por las cicladas. La oleada migratoria desencadenada alcanza Asia menor, cuya costa occidental (Eolia y Jonia) es colonizada.

3 MARTIENSSEN, Ronald, Distin, La idea del espacio en la arquitectura griega. Witwatersrand University Press, 1958. p. 63. Trad. G. Arteaga.

The earliest chthonic ceremonies, then, were held in the open air, probable in some form of enclosure suggested by the natural conformation of its surroundings or by a clearing in a grove, and such rites as were performed in sacrifice or other demonstration took place before the symbol, external to it and only in an implied (not constructed) enclosure. The substitution of an anthropomorphic symbol for a purely natural or non-representational object may be assumed in principle to be the starting point for providing a constructed protection or "house" for the deity symbol. This change-over from a chthonic symbol to an Olympian form of religion thus becomes closely associated with the deliberate creation of a formal architectural framework for the whole procedure of religious ceremony."

4 LEVI-STRAUSS, Claude, El pensamiento salvaje, México: Fondo de Cultura Económica, 1964. Primera edición en francés, 1962. Quinta reimpresión en español, 1984. Ver, capítulo I, "La ciencia de lo concreto".

5 MARTIENSSEN. op. cit., p. 62

"...Está más allá del propósito de esta tesis tratar acerca de los problemas extre-

madamente complejos que surgen de la total estructura de las creencias y los ritos griegos, pero debemos tratar de asumir que la concepción antropomórfica de los dioses fue un proceso de desarrollo que involucra un cambio que va desde el reconocimiento de las misteriosas e implacables fuerzas de la naturaleza hasta la creencia en ciertos dioses "definidos y personales". En otras palabras, hubo un cambio del fetichismo al politeísmo que, en su lugar, se reflejó positivamente en la disposición consciente de los lugares de culto." "...It is beyond the scope of the present thesis to comment upon the extremely complex problems arising from the whole structure of Greek ritual and belief, but we may broadly assume that the anthropomorphic conception of the gods was a developing process which involved a change from the recognition of the mysterious and implacable forces in nature, to a belief in certain 'definite and personal' gods. IN other words, there was a change from fetishism to polytheism which in turn was positively reflected in the conscious arrangement of sacred places of worship."

6 Este proceso, que se ha verificado igualmente en distintas culturas de la antigüedad, por supuesto, no es tan abstracto como se ha descrito. El término "civilización" está implicando transformaciones significativas en la esfera de la producción de bienes materiales, la aparición del comercio formalizado y el progresivo desplazamiento del centro de la vida social hacia las ciudades. Se sabe que el ejercicio especializado del comercio, por ejemplo, está en la base de la invención de la contabilidad, como una forma rudimentaria de las matemáticas, la cual es, a su vez, la forma rudimentaria de la escritura. En general, ese devenir cultural que apunta hacia la civilización, podría considerarse también como un proceso de desarrollo de la comunicación que cada vez más se ve obligado a apelar a los signos, y a prescindir de la comunicación directa fundada en la experiencia personal.